



La Santa Sede

VISITA PASTORAL A ASÍS

ENCUENTRO CON LOS POBRES ASISTIDOS POR CÁRITAS

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Sala de la Expoliación del Obispado, Asís

Viernes 4 de octubre de 2013

Ha dicho mi hermano obispo que es la primera vez, en 800 años, que un Papa viene aquí. En estos días, en los periódicos, en los medios de comunicación, se fantaseaba. «El Papa irá a despojar a la Iglesia, ¡allí!». «¿De qué despojará a la Iglesia?». «Despojará los hábitos de los obispos, de los cardenales; se despojará él mismo». Esta es una buena ocasión para hacer una invitación a la Iglesia a despojarse. ¡Pero la Iglesia somos todos! ¡Todos! Desde el primer bautizado, todos somos Iglesia y todos debemos ir por el camino de Jesús, que recorrió un camino de despojamiento, Él mismo. Se hizo siervo, servidor; quiso ser humillado hasta la Cruz. Y si nosotros queremos ser cristianos, no hay otro camino. ¿Pero no podemos hacer un cristianismo un poco más humano —dicen—, sin cruz, sin Jesús, sin despojamiento? ¡De este modo nos volveríamos cristianos de pastelería, como buenas tartas, como buenas cosas dulces! Muy bonito, ¡pero no cristianos de verdad! Alguno dirá: «¿Pero de qué debe despojarse la Iglesia?». Debe despojarse hoy de un peligro gravísimo, que amenaza a cada persona en la Iglesia, a todos: el peligro de la mundanidad. El cristiano no puede convivir con el espíritu del mundo. La mundanidad que nos lleva a la vanidad, a la prepotencia, al orgullo. Y esto es un ídolo, no es Dios. ¡Es un ídolo! ¡Y la idolatría es el pecado más fuerte!

Cuando en los medios de comunicación se habla de la Iglesia, creen que la Iglesia son los sacerdotes, las religiosas, los obispos, los cardenales y el Papa. Pero la Iglesia somos todos nosotros, como he dicho. Y todos nosotros debemos despojarnos de esta mundanidad: el espíritu contrario al espíritu de las bienaventuranzas, el espíritu contrario al espíritu de Jesús. La mundanidad nos hace daño. Es muy triste encontrar a un cristiano mundano, seguro —según él—

de esa seguridad que le da la fe y seguro de la seguridad que le da el mundo. No se puede obrar en las dos partes. La Iglesia —todos nosotros— debe despojarse de la mundanidad, que la lleva a la vanidad, al orgullo, que es la idolatría.

Jesús mismo nos decía: «No se puede servir a dos señores: o sirves a Dios o sirves al dinero» (cf. Mt 6, 24). En el dinero estaba todo este espíritu mundano; dinero, vanidad, orgullo, ese camino... nosotros no podemos... es triste borrar con una mano lo que escribimos con la otra. ¡El Evangelio es el Evangelio! ¡Dios es único! Y Jesús se hizo servidor por nosotros y el espíritu del mundo no tiene que ver aquí. Hoy estoy aquí con vosotros. Muchos de vosotros han sido despojados por este mundo salvaje, que no da trabajo, que no ayuda; al que no le importa si hay niños que mueren de hambre en el mundo; no le importa si muchas familias no tienen para comer, no tienen la dignidad de llevar pan a casa; no le importa que mucha gente tenga que huir de la esclavitud, del hambre, y huir buscando la libertad. Con cuánto dolor, muchas veces, vemos que encuentran la muerte, como ha ocurrido ayer en Lampedusa: ¡hoy es un día de llanto! Estas cosas las hace el espíritu del mundo. Es ciertamente ridículo que un cristiano —un cristiano verdadero—, que un sacerdote, una religiosa, un obispo, un cardenal, un Papa, quieran ir por el camino de esta mundanidad, que es una actitud homicida. ¡La mundanidad espiritual mata! ¡Mata el alma! ¡Mata a las personas! ¡Mata a la Iglesia!

Cuando Francisco, aquí, realizó aquel gesto de despojarse, era un muchacho joven, no tenía fuerza para esto. Fue la fuerza de Dios la que le impulsó a hacer esto, la fuerza de Dios que quería recordarnos lo que Jesús nos decía sobre el espíritu del mundo, lo que Jesús rogó al Padre, para que el Padre nos salvara del espíritu del mundo.

Hoy, aquí, pidamos la gracia para todos los cristianos. Que el Señor nos dé a todos nosotros el valor de despojarnos, pero no de 20 liras; despojarnos del espíritu del mundo, que es la lepra, es el cáncer de la sociedad. ¡Es el cáncer de la revelación de Dios! ¡El espíritu del mundo es el enemigo de Jesús! Pido al Señor que, a todos nosotros, nos dé esta gracia de despojarnos. ¡Gracias!

* * *

Al término del encuentro, pronunció las siguientes palabras:

Muchas gracias por la acogida. Rezad por mí, que lo necesito... ¡Todos! ¡Gracias!

* * *

Publicamos a continuación las palabras que el Papa Francisco había preparado para la ocasión y que entregó, dándolas por leídas:

Queridos hermanos y hermanas:

¡Gracias por vuestra acogida! Este lugar es un lugar especial, y por esto he querido hacer una etapa aquí, aunque la jornada está muy llena. Aquí Francisco se despojó de todo, ante su padre, el obispo y la gente de Asís. Fue un gesto profético, y fue también un acto de oración, un acto de amor y de confiarse al Padre que está en los cielos.

Con aquel gesto Francisco hizo su elección: la elección de ser pobre. No es una elección sociológica, ideológica, es la elección de ser como Jesús, de imitarle a Él, de seguirle hasta el fondo. Jesús es Dios que se despoja de su gloria. Lo leemos en san Pablo: Cristo Jesús, que era Dios, se despojó Él mismo, se vació Él mismo, y se hizo como nosotros, y en este abajamiento llegó hasta la muerte de cruz (cf. *Flp* 2, 6-8). Jesús es Dios, pero nació desnudo, fue puesto en un pesebre, y murió desnudo y crucificado.

Francisco se despojó de todo, de su vida mundana, de sí mismo, para seguir a su Señor, Jesús, para ser como Él. El obispo Guido comprendió aquel gesto e inmediatamente se alzó, abrazó a Francisco y le cubrió con su manto, y fue siempre su ayuda y protector (cf. *Vida Primera*, ff, 344).

El despojamiento de san Francisco nos dice sencillamente lo que nos enseña el Evangelio: seguir a Jesús quiere decir ponerle en primer lugar, despojarnos de la muchas cosas que tenemos y que sofocan nuestro corazón, renunciar a nosotros mismos, tomar la cruz y llevarla con Jesús. Despojarnos del yo orgulloso y despegarnos del afán de tener, del dinero, que es un ídolo que posee.

Todos estamos llamados a ser pobres, despojarnos de nosotros mismos; y por esto debemos aprender a estar con los pobres, compartir con quien carece de lo necesario, tocar la carne de Cristo. El cristiano no es uno que se llena la boca con los pobres, ¡no! Es uno que les encuentra, que les mira a los ojos, que les toca. Estoy aquí no para «ser noticia», sino para indicar que éste es el camino cristiano, el que recorrió san Francisco. San Buenaventura, hablando del despojamiento de san Francisco, escribe: «Así, quedó desnudo el siervo del Rey altísimo para poder seguir al Señor desnudo en la cruz, a quien tanto amaba». Y añade que así Francisco se salvó del «naufragio del mundo». (ff, 1043)

Pero desearía, como pastor, también preguntarme: ¿de qué debe despojarse la Iglesia?

Despojarse de toda mundanidad espiritual, que es una tentación para todos; despojarse de toda acción que no es por Dios, no es de Dios; del miedo de abrir las puertas y de salir al encuentro de todos, especialmente de los más pobres, necesitados, lejanos, sin esperar; cierto, no para perderse en el naufragio del mundo, sino para llevar con valor la luz de Cristo, la luz del Evangelio, también en la oscuridad, donde no se ve, donde puede suceder el tropiezo; despojarse de la tranquilidad aparente que dan las estructuras, ciertamente necesarias e importantes, pero

que no deben oscurecer jamás la única fuerza verdadera que lleva en sí: la de Dios. Él es nuestra fuerza. Despojarse de lo que no es esencial, porque la referencia es Cristo; la Iglesia es de Cristo. Muchos pasos, sobre todo en estas décadas, se han dado. Continuemos por este camino que es el de Cristo, el de los santos.

Para todos, también para nuestra sociedad que da signos de cansancio, si queremos salvarnos del naufragio, es necesario seguir el camino de la pobreza, que no es la miseria —ésta hay que combatirla—, sino saber compartir, ser más solidarios con quien está en necesidad, fiarnos más de Dios y menos de nuestras fuerzas humanas. Monseñor Sorrentino ha recordado la obra de solidaridad del obispo Nicolini, que ayudó a cientos de judíos escondiéndoles en los conventos, y el centro de selección secreto estaba precisamente aquí, en el obispado. También esto es despojamiento, que parte siempre del amor, de la misericordia de Dios.

En este lugar que nos interpela, desearía orar para que cada cristiano, la Iglesia, cada hombre y mujer de buena voluntad, sepa despojarse de lo que no es esencial para ir al encuentro de quien es pobre y pide ser amado. ¡Gracias a todos!